

Cuatro décadas, cuatro películas y el conurbano



*Juan Manuel Ciucci**

Diversos modos de entender cómo se habita un territorio

Cuatro películas para pensar el conurbano. Aunque cuatro pueden ser pocas: una por cada década de estos cuarenta años de ejercicio democrático ininterrumpido. Aunque sepamos que es imposible, quizás, determinar los tiempos de la democracia argentina desde los números duros del cambio de las décadas. ¿Cuándo termina la década del ochenta: en el cambio de presidencia de 1989 o en el comienzo de la convertibilidad de 1991? ¿Y los años noventa: con diciembre del 2001 o con la elección de Néstor Kirchner en 2003?

Elegir cuatro películas para dar cuenta de la presencia del conurbano bonaerense en el cine de la democracia puede ser poco, pero es una oportunidad para construir un relato que vaya marcando los cambios profundos que fue tomando en la mirada social ese territorio en constante expansión. A partir de estas obras, es posible volver a pensar los modos en que construimos (y nos construyen) las formas de comprender quiénes somos, dónde estamos, hacia dónde podemos ir.

El corpus lo comprenden cuatro décadas, un territorio, cuatro películas que consideramos significativas porque en ellas el conurbano ejerce un poder de acción, de fascinación, pero también de rechazo o

* Docente de Historia de la Industria Audiovisual Argentina en la Licenciatura en Producción y Gestión del Audiovisual de la UNPAZ.

hasta de claustrofobia. Para 1983-1989: *Made in Argentina* (Juan José Jusid, 1987). Para 1990-1999: *Graciadió* (Raúl Perrone, 1997). Para 2000-2009: *Buena vida-Delivery* (Leonardo Di Cesare, 2004). Para 2010-2023: *La botera* (Sabrina Blanco, 2019).

De acá no se va nadie

Made in Lanús se llamó la obra teatral de Nelly Fernández Tiscornia en la que se basó la película de Juan José Jusid de 1987, *Made in Argentina*, de la que ambos escribieron el guion. Los albores de la democracia inspiran esta historia de reencuentros entre quienes debieron marchar al exilio y quienes lograron subsistir bajo la dictadura cívico-militar. Un cruce de experiencias donde no faltan emociones, amores, malos entendidos, reproches, dudas. Una necesaria puesta en común que intenta reflejar las incomodidades que esa joven democracia transitaba.



Made in Argentina (Juan José Jusid, 1987). Gentileza:
Biblioteca y Centro de Documentación y Archivo
Beatriz Zuccolillo de Gaffet.



Made in Argentina (Juan José Jusid, 1987). Ilustración: José Peñaloza (Jota), estudiante de la UNPAZ.

Con numerosos lugares comunes de lo que significa volver, la familia y el recuerdo, entre otros tópicos, la película gana por las excelentes actuaciones de las y los cuatro protagonistas principales (Luis Brandoni, Marta Bianchi, Leonor Manso, Patricio Contreras) y por el debate en torno a la pertenencia, en un país que supo recibir diversas oleadas migratorias, con una identidad que propala tradiciones, pero sigue en construcción.

Mabel debe emigrar a Estados Unidos y regresa con su marido para visitar a su hermano, pero también para proponerle un sueño: mudarse con ellos a Nueva York. El Negro vive en Lanús con su esposa Yoli y su hija Patricia. La propuesta se le aparece como la oportunidad de su vida, pero Yoli, después de su sorpresa inicial, confronta esta idea de porvenir asegurado con el amor a su lugar en el mundo, desde donde se piensa y se construye. Emigrar a la ciudad más importante del mundo parecía un trámite y se convierte en una oportunidad para reconsiderar y revalorizar lo propio. Esta ama de casa del conurbano dirá: “Yo no voy. Yo nací acá y me quiero morir acá”. Prefiere ese Lanús que habita, el Lanús donde es La Yoli.

La casa *conurbanera* se presenta desde la idea de lo familiar, lo cercano, lo propio. Un ámbito que contiene, que permite recuperar nuestra mejor versión. La propuesta es económicamente superadora, pero le falta pertenencia. En ese imaginario de lo local, Lanús se convierte en el espacio ideal para la construcción de algo totalmente contrapuesto a la capital del imperio y ofrece la posibilidad de retorno a lo esencial. En la década de 1980, el conurbano todavía puede ser sinónimo de lo mejor de lo nuestro, con sus vecinas y vecinos, con sus códigos y su familiaridad.

Con una fuerte conciencia de su lugar y su pertenencia, La Yoli se constituye como arquetipo de lo nacional, alejada de lo sofisticado, con poco recorrido ante el internacionalismo que promueve su cuñada. Desde los lazos se construye su resistencia, a pesar de los problemas económicos que ya comienzan a acuciarla. El barrio, la grupalidad: desde ahí se podrá salir. Ante la urgencia del marido, La Yoli dirá que su hija irá “si ella quiere”: es una apuesta silenciosa que, supone, no la alejará.

Contrasta este final con los tiempos presentes cuando se potencia desde diversos sectores la idea de una salida solo posible en la emigración de la juventud. Entonces la película cobra actualidad porque

permite observar qué sociedad intentaba reconstruirse luego del genocidio, aún conectada con su derrotero del siglo XX y la potencia de un país que podía recomponerse.

Las siguientes décadas pusieron en tela de juicio esa cosmovisión: el fin de la Guerra Fría, el triunfo de un discurso globalizador comenzó a borrar las particularidades identitarias.

Juventud divino tesoro

Graciadió, de Raúl Perrone, nos ubica desde el arranque en tiempo y lugar: Ituzaingó, 1997. Un territorio capaz de producir una poética de texturas, de un cielo abrasador que sin embargo suena a tormentas, o las casas percutidas que mixturan colores de gloria antigua con despojos que van construyendo el mobiliario de la decadencia.



Graciadió (Raúl Perrone, 1997). Ilustración: José Peñaloza (Jota), estudiante de la UNPAZ.

Una grupalidad de jóvenes recorre el oeste bonaerense en busca de una oportunidad o un futuro o un destino. Gus vende televisores ajenos, casi inútiles de tan antiguos, con los que busca consolidar la subsistencia. Pao, su pareja, queda embarazada y la pregunta por una chance de futuro se vuelve una urgencia. Mendo construye su existencia y sociabilidad de la mano de su fanatismo por *Los Simpsons*. Los recuerdos parecen ser el mejor refugio ante la incertidumbre del presente. Hijes de una clase media que se cae, aún con la contención de lo que ha sido, pero con la crisis mordiéndoles los pies.

El catálogo de personajes naufraga en una misma sintonía, con su cultura que fue capaz de llevarles hasta aquí, pero que parece incapacitada para un salto mayor. Imposible determinar, soñar, hacer. El conurbano forma cultura, códigos, hermandad. Existen espacios donde todos se conocen y comparten una acción que se fundamenta en la palabra, las historias sucedidas, pero siempre distante del presente. Los bares, la calle, los recitales son también espacios donde todo puede cambiar, punta de una historia distinta que los arrime hacia otra actualidad. Parece aún posible construirla, no se han agotado las reservas de una cultura ciudadana que la crisis próxima pondrá en fuga.

Perrone recupera una historia posible del oeste del conurbano desde las calles, con sus códigos y vivencias. El territorio es un punto de partida donde quizás aún se puede resistir en esa otra década infame: la de los años noventa. Rebuscando, pero con recursos propios. Casi como la filmografía del director, que con tecnología de “baja calidad” logró imprimir un universo personal de sumo interés. Se rescata así un posible universo de enunciación *conurbanera* que presenta una poética desconocida de un ámbito muchas veces menospreciado.

Habitar la supervivencia

En *Buena vida-Delivery* Leonardo Di Cesare nos presenta un conjunto de personajes que construyen diversas estrategias para sobrevivir en un ámbito que por momentos se les vuelve sumamente hostil. Hernán trabaja con su moto y queda solo en su casa cuando el hermano emigra a España buscando un mejor futuro frente a la crisis de 2001. Conoce a una joven a quien le ofrece alquilarle un cuarto y luego se enamora, pero la familia de Patricia se muda con ella y desata un conflicto de intereses en una casa que se va ocupando con cada vez más gente. La inflexión final es un negocio familiar que montan allí con toda la pinta de estafa piramidal.



Buena vida-Delivery (Leonardo Di Cesare, 2004).
Gentileza: Biblioteca y Centro de Documentación
y Archivo Beatriz Zuccolillo de Gaffet.

Cada quien busca la manera de sortear esta crisis y allí las respuestas se vuelven individuales, sin espacio para la contención en la grupalidad. El mayor reflejo será el negocio de la venta de churros, que se propone como salida para quienes no tienen norte, pero termina siendo un espacio de estafa como todo lo que encara Venancio, el patriarca familiar. También pasa con la mensajería, que al quebrar deja a los motoqueros con sueldos adeudados y ninguna respuesta posible.

El conurbano aparece aquí en completa descomposición con esa casa familiar que evidentemente vivió tiempos de gloria, pero que hoy, casi abandonada por la familia de Hernán primero y ocupada después por la de Patricia, se desmorona en una sociabilidad asfixiante atiborrada de personas y objetos. Estos seres, destinados a una salida individual, se ven, sin embargo, forzados a la convivencia entre esas paredes.

El afuera es también un lugar esquivo, extraño. No los contiene, los deja más bien a la intemperie, deambulando como la moto de mensajería que busca a dónde ir. El conurbano es el espacio de la caída de la clase media, que empieza a empatarse con las historias de las clases populares que hace rato habitan la incertidumbre. La sorpresa de Hernán cuando Patricia le cuenta de su maternidad es uno de los momentos de este choque cultural que acompañó el “piquete y cacerola, la lucha es una sola”. El dueño de casa no encuentra otras salidas que aquellos que la ocupan.

Una familiaridad colapsada, una grupalidad en crisis, un futuro incierto. Acá sí la salida fue el extranjero y el hermano que al principio se fue a España parece ser el más beneficiado porque no debe transitar los pormenores de la crisis que atrapa a quienes se quedan.

La mirada idílica ya no es posible. El conurbano solo puede ser el escenario de una crisis que no parece tener una salida en sí misma. El tiempo, sin embargo, dirá otra cosa.

Salir a flote

Con *La botera* Sabrina Blanco indaga en los sueños de Tati, una niña de trece años que habita Isla Maciel, junto al Riachuelo, ese río divisor donde comienza el conurbano. Tati quiere ser botera, cruzar y transportar a la gente que se moviliza en la frontera. Trabajo masculino por tradición, peleará por imponer su deseo frente a la negativa paterna.



La botera (Sabrina Blanco, 2019). Gentileza:
Biblioteca y Centro de Documentación y
Archivo Beatriz Zuccolillo de Gaffet.

La película se convierte en un viaje de iniciación en el que Tati se encuentra con los primeros pasos de su futuro como mujer en un contexto de descubrimientos y carencias. Hay un Estado presente-ausente que se liga más a las voluntades individuales que al apoyo estructural que supo tener en otra época. Será una maestra la que en el merendero conecte más fuertemente con ella y atraviese las barreras de la institución, quizás en demasía.

El conurbano aquí es escenario de la dificultad, de la falta, de la exclusión. Pero también de la organización que permite contener desde el deporte, el baile o la murga a los pibes que andan sueltos por estas zonas fronterizas. Buscan un futuro que parece incierto, pequeño, como remar en un bote que cruza el Riachuelo, pero se resignifica con el accionar de Tati que lo plantea como deseo y como herencia, casi como una necesidad identitaria. Pertenece a ese lugar, a esa vida que, incluso con sus riesgos, se torna fundante de quien ella es o intenta ser.

La pregunta acerca de hacia dónde marchan estas individualidades que, sin embargo, se complementan, ronda en torno a la mirada de Blanco. Presenta a sus personajes fragmentados, acumulando acciones más que construyéndolas. Como si cada escenario les impusiera diversos modos del ser. Quizás

también como manera de imaginar al conurbano como un espacio de acciones imprevisibles que, de tan cambiantes, sean un eterno retorno a las lógicas de esta pequeña “isla” que parece habitarlos.

La realizadora también indaga en el universo personal de Tati mientras transita hacia la adolescencia con todas las dificultades del ámbito y con las potencialidades y condicionamientos de ser mujer. El enfrentamiento con la sexualización de la labor de botero la muestra resuelta y activa en busca de su deseo, la impulsa. Sin un camino claro, encuentra, sin embargo, la potencia de su ser y le permitirá enfrentar las oposiciones tradicionales que se le presentan. Ser botera será, entonces, una posibilidad de redefinirse, de ampliar el horizonte que parece atrapado en una existencia sofocada por los estrechos marcos de una isla que, sin embargo, no lo es.

Conurbanos para armar

Muchas veces se presenta a la territorialidad conurbana de forma unívoca, compacta, acabada. Este recorrido fílmico permite pensar, en cambio, cuatro momentos del conurbano con sus disparidades, con las peculiaridades y potencialidades que saben quienes la transitan, pero especialmente quienes deciden habitarla.

Pasó de ser el ámbito de la familia y de lo genuino a escenario de la marginalidad y la crisis, pero también lugar de pertenencia y sociabilidad donde la salida, para serlo, es colectiva. El ímpetu se destaca siempre, capaz de transformar y refundar su propio ser. Desde ese ideario se reconfiguran los modos de entender y habitar el conurbano, eterna tierra de promesa de un futuro más justo y solidario.